

J'et boe!

2026

Cruce de caminos



Revista 'J'et Be' es una publicación del Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil

San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 2026.

Cuidado de edición: Claudia Ramos Guillén

Diseño de Portada: Rosa Bejarano

Divulgación y comunicación: Rosa Bejarano

Fotografías de este número: archivo fotográfico Moxviquil.

Todos los textos de esta publicación llevan la siguiente licencia excepto cuando se especifique lo contrario

CC BY 4.0

© Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil

© de los textos y fotografías de las y los autores

www.iesdhs.edu.mx | www.moxviquil.org

Contenido

Presentación	4
Un yo ambiental, un yo con las otras en el mundo. La forma de ser-siendo de la metodología Moxviquil <i>Claudia Ramos Guillén</i>	7
Los primeros pasos de un becerro en apuros: reflexiones sobre la construcción de un yo ambiental <i>Manuel André Lastra Ramírez</i>	11
Mis pies sobre la tierra, mi corazón con la madre naturaleza <i>Lucía S.</i>	15
Bitácora de la semilla: la voz de la tierra en mi sangre y la promesa de la cosecha <i>Cleotilde Olivera Santiago</i>	19
Palabras de cierre: Maestría ECAP, Generación G8 <i>Claudia Ramos Guillén</i>	25

Presentación

Voces del Yo Ambiental – Entre la Memoria, el Territorio y la Esperanza

Con alegría les compartimos la octava edición de nuestra revista que en esta ocasión cuenta con la palabra de participantes de nuestra Maestría en Educación y Comunicación Ambiental Participativa (ECAP) del Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable Moxviquil –Universidad Moxviquil– bajo la curaduría de la Coordinación Académica.

En esta edición la exploración, y provocación, va sobre la construcción del yo ambiental como un puente que articula lo personal con lo político, lo vivencial con lo reflexivo.

El hilo conductor de esta entrega es la noción de un "yo" que no es individualista ni narcisista, sino un sujeto encarnado en una historia y un territorio. Es una invitación a reconocernos como parte de un entramado de vida donde el cuidado del cuerpo y la defensa de la tierra son inseparables.

En el primer texto, la Mtra. Claudia Ramos Guillén, Coordinadora Académica de la Maestría, nos explica que el yo ambiental es una conciencia relacional que integra cuerpo, territorio y comunidad que surge de tres movimientos: el yo en el mundo (experiencia), el yo ante el mundo (crítica) y el yo para el mundo (transformación), promoviendo un aprendizaje que inicia en la experiencia vivida, se vuelve reflexión crítica y culmina en compromiso transformador. En su texto nos invita a entender que lo personal es político y que el conocimiento legítimo nace de la vida misma; propone pensar el yo ambiental no como una categoría individualista, sino como un sujeto situado y encarnado en un territorio, una historia y relaciones sociales atravesadas por desigualdades, pero también por posibilidades de transformación. Así, el conocimiento deja de ser externo y se convierte en un proceso colectivo que articula experiencia, crítica y acción para la defensa de la vida y los territorios.

El segundo texto de Manuel André Lastra Ramírez reflexiona sobre la construcción del "yo ambiental" a partir de una experiencia personal profundamente vinculada al campo y la producción pecuaria. Con la metáfora de un becerro que intenta caminar, Manuel narra su tránsito desde una identidad urbana y una formación técnica enfocada en la eficiencia, hacia una reconciliación con sus raíces rurales. Su artículo nos invita a ver la tierra no como un recurso, sino como un organismo vivo que guarda nuestra memoria e identidad. El texto problematiza el abandono del campo, el envejecimiento de los productores y la pérdida de saberes rurales, al tiempo que cuestiona las prácticas productivas tradicionales desde una perspectiva ética. Finalmente, propone una reconciliación con el territorio a través de modelos regenerativos y una conciencia ambiental que reconoce la interdependencia entre seres humanos, animales y ecosistemas.

El tercer texto es de Lucía S. quien con una narrativa autobiográfica nos invita a despertar la curiosidad para explorar más allá de lo que vemos a simple vista y sentir más de cerca a la madre naturaleza. Realiza un recorrido sobre el despertar de su "yo ambiental" al establecer, desde pequeña, una relación más consciente con la naturaleza a través de experiencias al aire libre que le despertaron la pasión por las montañas y las cuevas. Su texto es una apuesta por la conservación a través de la educación y el respeto por la "madre tierra".

En el cuarto artículo, Cleotilde Olivera Santiago nos presenta su "Bitácora de la Semilla". En un relato que entrelaza el dolor, la sanación y el orgullo de su linaje Mixe, Cleo define su yo ambiental como un acto de resistencia. Su propuesta se centra en la pedagogía de la ternura y la recuperación de saberes ancestrales, recordándonos que nuestra existencia depende de una reciprocidad profunda con el entorno que nos sostiene.

Finalmente les compartimos las palabras de cierre de la generación G8 de la ECAP en las que se reconoce que el conocimiento no es neutral y que poner la vida al centro es una decisión ética y política. Bajo la premisa de que "el camino se hace al andar", estas palabras celebran un aprendizaje colectivo que integra la ecología política, los feminismos y la educación popular ambiental, agradeciendo a las comunidades y familias que sostienen este andar.

Les invitamos con su lectura a reflexionar y a dejarse atravesar por estas voces que nos invitan a narrarnos a nosotros mismos de otra manera para transformarnos.



El conocimiento situado en el territorio es fundamento de la metodología Moxviquil. Fotografía: archivo IESDHS.

Un yo ambiental, un yo con las otras en el mundo. La forma de ser-siendo de la metodología Moxviquil

Claudia Ramos Guillén

CLAUDIA RAMOS GUILLÉN

Agroecóloga por la Universidad Autónoma Chapingo. Maestra en Educación y Comunicación Ambiental Participativas por el IESDHS Moxviquil. Coordinadora de la Maestría ECAP.
Contacto:
maestriaecap@iesdhs.edu.mx

Desde el Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Universidad Moxviquil, comprendemos que existen formas de entender y hacer educación, la nuestra involucra tres dimensiones: a) la dimensión ética-política, b) la dimensión teórico-epistémica y, c) la dimensión metodológica.

La metodología de Moxviquil es fundamental porque es el puente que articula estas dimensiones de los procesos educativos y, a su vez, los sitúa en una práctica concreta. No se trata únicamente de aplicar técnicas participativas, sino de encarnar una forma de comprender el conocimiento, la educación y la transformación social.

En el centro de esta metodología se encuentra la noción del "yo" situado. Este "yo" no es individualista ni narcisista; es un sujeto encarnado en una historia, en un territorio, en relaciones sociales atravesadas por desigualdades, opresiones y también por posibilidades de cambio. Reconocer el yo en el mundo significa tomar conciencia de cómo lo social se manifiesta en nuestra experiencia personal, en nuestro cuerpo y en nuestra subjetividad. Desde ahí parte el proceso formativo: de lo vivencial hacia lo reflexivo.

La metodología se despliega a través del círculo experiencial, que propone tres movimientos interrelacionados:

- Yo en el mundo: reconocimiento de la experiencia propia como punto de partida del conocimiento.
- Yo ante el mundo: posicionamiento crítico frente a la realidad, estableciendo vínculos y comprendiendo el contexto histórico y social.
- Yo para el mundo: compromiso transformador que lleva a proponer, incidir y aportar desde los propios saberes en diálogo con los colectivos.

Este recorrido evita tanto el individualismo como la abstracción académica desvinculada de la vida. El conocimiento no se construye sobre objetos externos, sino desde procesos vividos y compartidos.

Otro pilar central es la pedagogía de la pregunta, inspirada en la educación popular. Más que transmitir respuestas cerradas, se promueve la problematización de la realidad. Preguntar es un acto político y formativo que impulsa a las personas a ampliar su conciencia, cuestionar verdades establecidas y asumir un papel activo en la transformación de su contexto.

Así, la importancia de la metodología Moxviquil radica en que nos permite colocar la experiencia personal como punto de partida legítimo del conocimiento, articula la reflexión crítica y el compromiso transformador, entiende que lo personal es político y que el aprendizaje implica cuerpo, emociones, historia y territorio —esto vinculado profundamente a la teoría feminista— y forma personas capaces de situarse en su momento histórico y actuar en él.

El "yo", entonces, en la metodología Moxviquil, es el inicio de un proceso que constituye un nosotros comprometido con la transformación personal y social.²

El yo ambiental, reflexiones nutridas por mi paso por la Maestría en Educación y Comunicación Ambiental Participativas

Para seguir profundizando en esta perspectiva del yo que es, a la vez, un nosotros, propongo incorporar los elementos de lo que denomino yo ambiental. Para la Maestría en Educación y Comunicación Ambiental Popular (ECAP), este planteamiento implica desplegar la experiencia integrando los componentes de nuestros territorios, reconociendo que en ellos se entretajan los complejos e imbricados entramados de lo ambiental. Así, desde la maestría buscamos puntualizar los elementos concretos y territoriales, así como las relaciones que nos permiten avanzar en la construcción de este yo ambiental, tomando como base la metodología Moxviquil.

El yo ambiental no es una categoría individualizante. Por el contrario, se construye en relación, en diálogo con otras, otros y otras, en los territorios que habitamos y defendemos. Desde mi paso como estudiante de la ECAP, los fundamentos éticos, epistemológicos, políticos y metodológicos han permeado profundamente la forma en que acompaño procesos de investigación. Este acompañamiento ya no lo concibo como una intervención externa, sino como un ejercicio de co-construcción situado, donde también quien acompaña se transforma.

Bajo estos preceptos, comparto las reflexiones que guían mi propio proceso de investigación, entendiéndolas como una posibilidad de reflexionar la práctica misma. A decir de la educación popular, estos procesos permiten reconocer que los desplazamientos epistemológicos no solo ocurren en quienes participan de las investigaciones, sino también en quien acompaña. En este sentido, el yo ambiental supone una transformación ontológica y epistemológica: implica reconocer que nuestras formas de conocer están atravesadas por relaciones de poder, por historias personales y colectivas, y por vínculos con el territorio.

A partir de mi acompañamiento con la Red de Mujeres de la Costa en Rebeldía (RMCR)³, grupo con quien realicé un trabajo colaborativo de investigación de esta maestría, he podido reflexionar y observar cómo las metodologías se construyen dialécticamente en el cruce entre las críticas al modelo hegemónico de producción de conocimiento y las alternativas encarnadas por los feminismos territoriales, la Investigación-Acción Participativa (IAP) y la Educación Popular Ambiental (EPA). Estas corrientes cuestionan una ciencia históricamente al servicio del poder patriarcal y colonial, que ha marginado saberes no occidentales y profundizado jerarquías que instrumentalizan la vida.

Frente a ello, el yo ambiental se nutre de enfoques como el territorio cuerpo-tierra, propuesto por feministas comunitarias e indígenas, que visibilizan las luchas multidimensionales de las mujeres contra el extractivismo. Aquí, la defensa de lo común se entrelaza con el cuidado de los cuerpos, la memoria colectiva y la reproducción social de la vida. Desde una metodología feminista y decolonial, la investigación se articula con las prácticas territoriales, reconociendo que lo ambiental no puede separarse de lo político, lo comunitario y lo afectivo.

En este sentido, repensar lo ambiental implica cuestionar las miradas lineales, patriarcales y eurocéntricas que lo reducen a un "recurso". El yo ambiental emerge entonces como una conciencia relacional: nos invita a pensarnos como parte del entramado de la vida, como hilos en una red donde el cuidado del territorio y del cuerpo no pueden separarse. Así, lo ambiental deja de ser un objeto de estudio y se convierte en un ámbito de sentido, en una experiencia encarnada.

Este desplazamiento también transforma la relación en la investigación. Ya no se trata de producir conocimiento sobre otras personas, sino de generar procesos de elaboración mutua en relación. La confianza, el reconocimiento de historias diversas, el cuestionamiento del poder y la horizontalidad se vuelven condiciones ético-políticas del proceso. El yo ambiental, en este marco, no busca imponerse, sino participar y aportar desde la interdependencia.

Comenzar por la experiencia personal —como proponen la EPA, la IAP y la investigación feminista— no es un acto intimista, sino político. Permite que en el caso de las mujeres se definan por sí mismas, cuestionen estereotipos y validen sus voces. En ese acto de narrarse, emergen tensiones y contradicciones que revelan cómo las relaciones de poder atraviesan tanto los cuerpos como los territorios. El yo ambiental, entonces, se reconoce implicado: entiende que lo personal es político y que las estructuras de dominación también habitan en nuestras propias prácticas.

Desde mi experiencia, este proceso no ha sido inmediato. Vengo de espacios académicos donde el análisis "objetivo" era sinónimo de verdad, donde las personas eran reducidas a "casos de estudio". Reconocer esas lógicas en mí ha implicado un ejercicio constante de desaprendizaje. El yo ambiental también es ese proceso: desarmar certezas, cuestionar la verticalidad internalizada y abrirse a otras formas de conocer y relacionarse.

Los abordajes feministas me han ofrecido claves para esta deconstrucción: escuchar las voces silenciadas, confiar en los conocimientos que nacen de la experiencia y construir procesos dialógicos que amplifiquen las voces históricamente negadas. La horizontalidad deja de ser una consigna y se convierte en una práctica cotidiana que implica ceder control, aceptar la incompletud y dejarse transformar.

En este camino comprendo que los saberes no me pertenecen; viven en el diálogo, en las relaciones y en la resistencia. El yo ambiental es, por tanto, una construcción en movimiento: una conciencia situada que se reconoce interdependiente, que se teje con otras subjetividades y que asume la investigación como un acto de transformación crítica compartida.

Al final el yo ambiental, es como nos hace el llamado la metodología Moxviquil un yo articulado en las capas territoriales que se deja atravesar por nuestra experiencia, las otras experiencias, pero también por el agua, el aire, los árboles, los micelios, las hifas y el murmullo del viento. Es pues una apuesta ético-política que, a su vez, también es concreta.

2. Esta primera parte constituye una síntesis del proyecto político-pedagógico de Moxviquil y forma parte de un documento inédito, resultado de un proceso de construcción colectiva.

3. Desde hace muchos años comparto trabajo y procesos con esta organización de mujeres de la Costa de Chiapas, al sur de México. En el marco del acompañamiento al proceso de investigación "Las Mujeres de la Costa en Rebeldía y la defensa de los territorios de tierra y mar", precisaré mi participación a partir del año 2022.



Claudia Ramos Guillén en la titulación de la Maestría ECAP, Moxviquil. Fotografía: archivo IESDHS.



Ceremonia de cierre y reconocimiento. Universidad Moxviquil. Fotografía: archivo IESDHS.

Los primeros pasos de un becerro en apuros: reflexiones sobre la construcción de un yo ambiental

Manuel André Lastra Ramírez

**MANUEL ANDRÉ LASTRA
RAMÍREZ**

Zootecnista. Estudiante de la
Maestría en Educación y
Comunicación Ambiental
Participativas (ECAP). IESDHS
Moxviquil.

Hay algo profundamente torpe y al mismo tiempo profundamente hermoso en los primeros pasos de un becerro. Cuando nace, su cuerpo aún no entiende el mundo. Las patas tiemblan, el equilibrio parece imposible y cada intento de caminar es una negociación entre la gravedad y la voluntad de mantenerse en pie. Durante unos minutos —a veces más— el becerro parece perdido dentro de su propio cuerpo, como si no supiera todavía qué hacer con la vida que acaba de comenzar.

Siempre me ha parecido que algo parecido ocurre con nosotros cuando intentamos comprender quiénes somos en relación con el lugar del que venimos.

Durante muchos años respondí sin pensar que era de Tuxtla Gutiérrez. Era una respuesta rápida, casi automática, una forma breve de situarme frente a los demás. Decir que era de la ciudad parecía suficiente. Sin embargo, con el tiempo comprendí que aquella respuesta no hablaba realmente de geografía. Hablaba de una distancia que yo mismo había construido entre mi historia y el territorio que la había hecho posible.

Mi vida siempre se sostuvo sobre dos territorios. Uno visible y otro oculto. El visible era la ciudad: el ruido constante, el movimiento continuo, las luces que parecían prometer un futuro más grande que cualquier historia familiar. El otro territorio era el campo. No era invisible porque no existiera, sino porque yo prefería no nombrarlo demasiado.

En el campo vivían mis abuelos. Ahí estaban los ranchos familiares. Ahí se encontraba una parte importante de la historia de mi familia. Sin embargo, durante mucho tiempo ese origen se sentía frágil, como algo que podía ser juzgado.

Decir que era de la ciudad era, en cierto modo, una forma de mantenerme en pie sin tambalear.

Crecí, como muchos otros jóvenes, escuchando que el campo representaba atraso, que el verdadero progreso estaba en las ciudades, que estudiar era una forma de escapar de la tierra. Poco a poco interioricé esa mirada sin cuestionarla. Negar el campo era también intentar pertenecer a otro lugar.

Pero el territorio tiene una forma particular de permanecer en el cuerpo. Aunque uno deje de nombrarlo, sigue respirando en la memoria.

Mis recuerdos más claros no están en avenidas ni en plazas urbanas. Están en la casa de mi abuela, en los ranchos familiares, en las mañanas donde el aire huele distinto y los animales comienzan a moverse antes de que el sol termine de levantarse. Recuerdo a mi padre explicándome cómo funcionaba la engorda del ganado, cómo cada decisión sobre la alimentación influía en el crecimiento de los animales, cómo el manejo del rancho implicaba una serie de conocimientos que solo se

comprenden con el tiempo.

Yo escuchaba aquellas explicaciones con atención, aunque muchas veces no entendiera del todo lo que significaban.

Hoy sé que en esas conversaciones se transmitía algo más que información técnica. Se transmitía una manera de comprender el mundo.

La propuesta pedagógica de la metodología Moxviquil sugiere precisamente que el conocimiento no surge únicamente de teorías abstractas, sino también de las experiencias vividas en territorios concretos. Desde esta perspectiva, el proceso educativo comienza cuando reconocemos que nuestra historia personal forma parte del conocimiento. El sujeto que aprende no es un observador distante del mundo, sino alguien situado dentro de él.

Pensar mi propia historia desde esta perspectiva me llevó a reconocer algo que durante mucho tiempo había pasado desapercibido: mi relación con el ambiente no comenzó con lecturas académicas ni con discursos sobre la crisis ecológica. Comenzó mucho antes, en experiencias aparentemente pequeñas que ocurrieron en el campo.

Pero comprender esto fue un proceso lento.

A veces pienso que mi relación con el campo se parece a la de ese becerro que intenta levantarse por primera vez. Durante un tiempo largo uno no sabe bien hacia dónde caminar. Intenta sostenerse en lugares que parecen firmes, aunque en realidad no lo sean del todo.

Durante mi infancia el campo era simplemente un escenario. Un lugar donde había animales, donde el tiempo parecía moverse de otra manera. La conciencia llegó después, como suelen llegar muchas revelaciones importantes: tarde y de manera inesperada.

El campo como conocimiento: un aprendizaje en el territorio

Uno de los momentos que más marcó ese proceso ocurrió cuando trabajé como encuestador del Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recorrer distintas comunidades rurales y conversar con productores me permitió observar una realidad que hasta entonces no había dimensionado completamente.

La mayoría de ellos tenía más de setenta años.

Aquellas visitas dejaron en mí una sensación difícil de describir. Cada productor representaba décadas de conocimiento acumulado: decisiones tomadas frente al clima, frente a la tierra, frente a los animales que dependían de su cuidado. Sin embargo, en muchos casos no había jóvenes dispuestos a continuar ese trabajo.

Salir de algunas de esas entrevistas era como caminar por una biblioteca que lentamente comenzaba a quedarse sin lectores.

La crisis del campo no es únicamente económica. También es cultural y simbólica. Muchos jóvenes aprenden a mirar el campo con distancia, incluso con desprecio. Se alejan de él no solo por falta de oportunidades, sino porque han aprendido que el verdadero valor se encuentra en otros lugares.

Yo mismo participé de esa distancia durante muchos años.

Comprender esto fue como mirar hacia atrás y descubrir que, mientras intentaba caminar hacia otro lado, había estado dejando atrás una parte importante de mi propia historia.

Mi formación profesional como zootecnista me llevó a enfrentar estas tensiones desde otro lugar. Durante mis primeros años de formación pensaba la producción animal principalmente desde una

lógica de eficiencia productiva. Criaba conejos en sistemas de jaulas porque así lo indicaban los manuales técnicos y porque ese modelo era ampliamente aceptado dentro de muchos sistemas de producción.

Durante mucho tiempo no cuestioné esa práctica.

La productividad era el criterio principal. Los animales eran evaluados en función de su crecimiento, de su rendimiento, de su capacidad de producir más en menos tiempo.

Pero con el paso de los años comenzó a surgir una incomodidad difícil de ignorar.

Recuerdo el momento en que observé a esos animales y pensé que algo no encajaba.

Aquella incomodidad no surgía de una teoría ambiental aprendida en libros. Surgía de una sensación más profunda: la intuición de que producir alimentos no podía implicar ignorar completamente el bienestar de los seres vivos con los que trabajamos.

Ese momento marcó un punto de quiebre.

Comencé a interesarme por el bienestar animal, por sistemas de producción sin jaulas, por modelos regenerativos que buscan devolver al suelo parte de lo que reciben de él. Empecé a comprender la tierra no como una superficie explotable, sino como un organismo vivo que responde a la forma en que nos relacionamos con él.

Este proceso transformó mi manera de entender la producción agropecuaria.

Hacia una producción con sentido territorial

En muchos debates contemporáneos, la ganadería aparece representada únicamente como un problema ambiental. Se habla de emisiones de gases de efecto invernadero, de deforestación o de degradación de los suelos. Estos problemas existen y deben ser tomados en serio. Sin embargo, reducir la discusión a una oposición simple entre producción animal y sostenibilidad ambiental puede resultar simplificador.

La producción pecuaria no es una práctica homogénea. Existen sistemas altamente industrializados que generan impactos significativos sobre los ecosistemas, pero también existen experiencias agroecológicas, modelos pastoriles y propuestas regenerativas que buscan integrar la producción de alimentos con el cuidado del territorio.

Desde esta perspectiva, el desafío no consiste necesariamente en abandonar la producción agropecuaria, sino en transformarla.

Pensar la producción desde el yo ambiental implica reconocer que la tierra no es simplemente un recurso económico. Es un entramado de relaciones del que formamos parte. Nuestra forma de producir alimentos refleja no solo decisiones técnicas, sino también valores éticos y culturales.

Sin embargo, también es necesario evitar una idealización romántica del campo. Los territorios rurales no son espacios naturalmente armónicos ni libres de conflictos. En ellos también existen desigualdades sociales, tensiones económicas y prácticas productivas que pueden generar impactos ambientales negativos.

Reconocer el valor cultural del campo no implica negar esas contradicciones. Implica enfrentarlas con honestidad.

Para mí, este proceso también ha significado una reconciliación con una parte de mi propia historia.

Durante muchos años intenté distanciarme del campo porque pensaba que representaba algo que debía superarse. Hoy comprendo que en ese intento también estaba negando una parte importante

de lo que soy.

Tal vez comprender el propio yo ambiental se parece mucho a los primeros pasos de un becerro.

Al principio el cuerpo no entiende bien el terreno. Hay torpeza, dudas, incluso caídas. Pero poco a poco el equilibrio aparece. Las patas comienzan a sostener el peso del cuerpo. El animal aprende a caminar.

Reconocer el vínculo con la tierra es algo parecido.

No ocurre de un día para otro. Es un proceso de aprendizaje, de tropiezos, de reconciliaciones. Pero cuando finalmente uno logra sostenerse en ese reconocimiento, algo cambia profundamente en la forma de mirar el mundo.

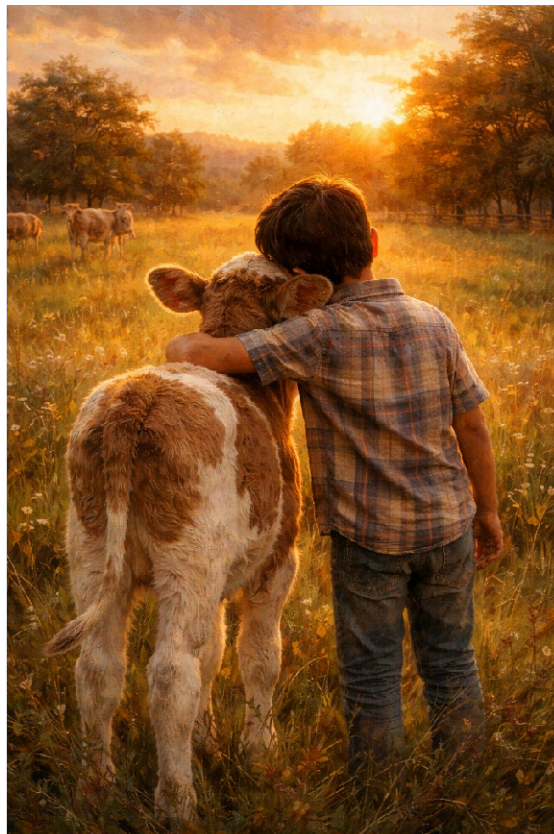
Entonces se vuelve evidente algo que antes parecía invisible: que nuestra historia personal está entrelazada con los territorios que habitamos, con los animales que nos acompañan y con la tierra que sostiene nuestra existencia.

Tal vez por eso la defensa del campo no es únicamente una cuestión productiva o económica. También es una forma de defender la memoria, la identidad y la posibilidad de construir formas de vida más justas.

Porque cuando el campo desaparece, no solo desaparece un paisaje.

También desaparece una parte de la historia que nos enseñó a caminar.

Y quizá reconocer eso sea, finalmente, el momento en que dejamos de tambalearnos y comenzamos a dar nuestros propios pasos sobre la tierra.



La relación con los animales y la tierra como origen de un yo ambiental. Imagen: archivo personal del autor.

Mis pies sobre la tierra, mi corazón con la madre naturaleza

Lucía S.

LUCÍA S.

Arqueóloga y espeleóloga.
Licenciada en Arqueología por la
UNICACH. Estudiante de la
Maestría en Educación y
Comunicación Ambiental
Participativas (ECAP). IESDHS
Moxvíquil.

Soy Lucía, nativa de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, pero durante mi infancia y adolescencia radiqué en San Francisco Pújiltic, Chiapas, en una zona cañera en la región de la frailesca de Chiapas, conocida por tener abundante agua; lugar de ríos y lagunas que dan vida y reverdecen la zona en todas las estaciones del año. Al crecer en un pueblo pude apreciar costumbres que unen a una comunidad y que detrás de cada festividad existe la colectividad. Esta Zona de cañaverales tiene diversas tradiciones que unen al humano-naturaleza, épocas importantes son las de siembra y cosecha de la caña, la temporalidad de la zafra (Cosecha de la planta para trasladarla a la industria o fábrica de azúcar), temporada que es de suma importancia para la economía local.

Mi amor por la naturaleza comienza a aparecer durante mis primeros años de vida, siempre me ha gustado estar al aire libre, escalar árboles, nadar en los ríos, saltar en cascadas y descubrir las maravillas de la madre tierra. Mi amor por la naturaleza y la cultura me llevaron a estudiar 2 años de Biología, y luego 4 años de arqueología. He viajado por algunas partes del mundo, en mis viajes he podido reconocer distintas formas de relacionarnos con el medio ambiente y he conocido diversas maneras de ver la vida.

He sentido frío extremo, sueño y hambre por puro placer de regresar a un estado primitivo en la naturaleza, las cuevas y las formaciones rocosas me llaman desde un sentido de pertenencia que aún sigo explorando. Una de mis pasiones es la exploración de cuevas, el mundo subterráneo me ha fascinado desde el primer día que tuve un acercamiento en una caminata que realicé con mis abuelos en una zona fronteriza con Guatemala y Chiapas, fue en un poblado llamado "Gracias a Dios" donde realizamos una caminata con mis abuelitos, quienes siempre han estado muy fuertes físicamente, creo que realizar actividades en la naturaleza los ha recargado de vida, íbamos sin expectativas, solamente escuchamos de un lugar llamado "El hoyo del diablo", que sorpresa nos llevamos después de 1 hora o más de caminata que ni la sentimos a pesar de ser una pendiente, yo tenía escasos 13 años, pero que grande fue mi sorpresa al ver semejante "hoyo" como de 200mts de diámetro y 100mts de profundidad, eso lo sé en la actualidad por los mapas digitales de la zona, pero en ese momento me pareció algo tan majestuoso que mi mente no podía ni siquiera imaginar cómo se formó ese gran agujero en la tierra.

Una sima de roca caliza, diversas teorías nos parecieron certeras en ese entonces; ¡Un meteorito cayó aquí!, decía mi abuelo. ¡Una bomba! Decía mi abuela, y yo solo podía pensar: ¿Qué habrá debajo? Esta sima natural formada por la erosión del agua en la piedra caliza, tipo de roca sedimentaria que predomina en esta zona entre Guatemala y Chiapas (Mulleried, 1957), podía verse el suelo dentro de

esta formación una vegetación exuberante, árboles enormes con follaje verde que desde arriba parecían diminutos, miles de psitácidos (loros y cotorros) en sus nidos y volando alrededor de este agujero en la tierra.

Años más tarde estaría practicando un deporte que me permitiría conocer estos lugares tan increíbles. No he vuelto a regresar a este lugar, pero tengo la misión de explorarlo y descender en esta sima tan imponente algún día. Siento que a partir de este día se despertó en mí una curiosidad inmensa por descubrir que hay en el mundo subterráneo. Este viaje fue crucial para conectar con la naturaleza, me traje un pedazo de cuarzo de esta zona, siendo tal mi fascinación que a partir de ahí comencé una colección de rocas de los lugares naturales que visito.

Durante un periodo fui docente comunitaria en la selva chiapaneca, gracias a este trabajo pude acercarme a los pueblos originarios de mi estado, probar nuevos alimentos y escuchar relatos de sus habitantes. He tenido la dicha de conocer la selva lacandona desde sus puntos más lejanos de la "civilización", en la reserva de la biosfera Montes Azules. Fue aquí donde tuve un acercamiento real con la naturaleza, ya que durante mi estancia en las zonas remotas, tuve que cazar, pescar y recolectar algunos alimentos para subsistir, me pude sentir cazadora-recolectora como los mencionados por Acosta (2008) en la cueva de Santa Marta de Ocozocoautla, Chiapas y me imaginaba aquellos paisajes del paleolítico donde la megafauna convivía con la humanidad, cosa que me pareció fascinante y me acopé fácilmente a este estilo de vida durante un par de años.

Fue después de mi estadía en la selva que decidí estudiar arqueología, conocer aquello que llamamos "antiguo", los estilos de vida "primitivos", temas que me siguen asombrando. Para obtener mi título de Licenciatura en arqueología realicé una tesis titulada "Análisis de los artefactos líticos de O'na tok, Chiapas" en 2019, en este trabajo tuve la oportunidad de analizar artefactos usados en la época prehispánica entre 1500-2000 años de antigüedad. La lítica arqueológica son las piedras manufacturadas como herramientas para raspar o cortar como es el caso de la roca de origen volcánico llamada obsidiana, de la cual los pobladores antiguos de Mesoamérica realizaban artefactos sofisticados como las navajillas prismáticas (Clark, 1989). Siempre he tenido mucha fascinación por los materiales pétreos, he indagado en cómo los primeros pobladores la han transformado para fines domésticos y ceremoniales, aprovechando los recursos que la madre tierra provee.

Buscando esta conexión con la naturaleza conocí la espeleología, la ciencia que estudia las cuevas, aprendiendo técnicas que me permiten acceder a paisajes al centro de la tierra, hasta ahora podría decir que realizar esta actividad me llena de paz y energía, la espeleología me ha mostrado lugares asombrosos. En la actualidad con Tarzán mi compañero de vida, comenzamos un sueño donde queremos compartir las experiencias en la naturaleza, nos gusta que más personas sientan el agua fluir entre sus cuerpos, la adrenalina de bajar cascadas o simas y adentrarse al mundo subterráneo.

Al conocer lo majestuoso que es la madre naturaleza, me hace apreciarla, cuidar de ella y querer compartir este respeto y amor con los demás. Esta breve historia sobre mí, mis pasiones y mis experiencias me han llevado al capítulo de mi vida en la Maestría en Educación y Comunicación Participativas (ECAP), es aquí donde me gustaría aterrizar acciones que realicen un cambio en mi entorno, comunidad y espacio que habito, poder participar en ámbitos educativos provenientes de una metodología alternativa motiva cada célula de mi cuerpo a seguir en el sendero de la educación ambiental. Transmitir a nuevas generaciones los aprendizajes en torno a la conservación es una tarea que conlleva a realizar acciones participativas y comunitarias, que encienden una luz de esperanza en el camino del cuidado de los ecosistemas. La creciente crisis de contaminación en nuestro planeta nos pide a gritos una transformación en la forma de relacionarnos con la naturaleza y mi yo ambiental está comprometido a contribuir a que estas relaciones puedan estar en armonía, creando

espacios de convivencia con la madre tierra que nos permita volver a reconectar con nuestro planeta.

Referencias bibliográficas

Salazar, B. (2019). Análisis de artefactos líticos de O'na Tok, Chiapas. Tesis de Licenciatura. UNICACH, México.

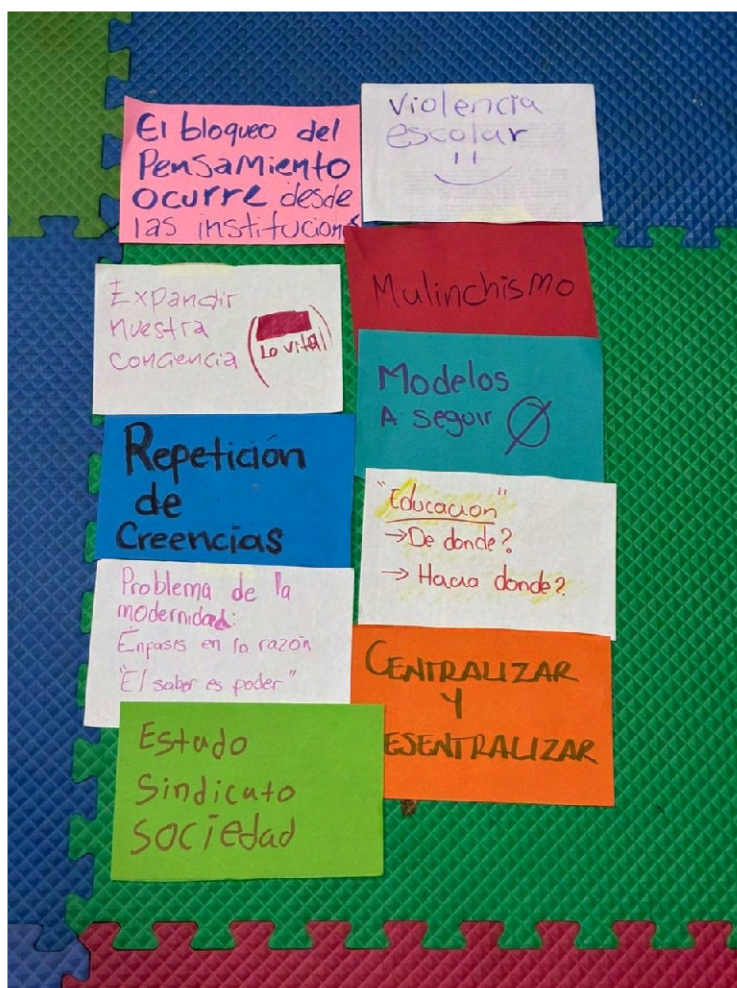
Acosta, G. (2008). La cueva de Santa Marta y los cazadores-recolectores del pleistoceno final-holoceno temprano en las regiones tropicales de México. Tesis doctoral. UNAM, México.

Clark, J. (1989). La fabricación de Navajas prismáticas. En La obsidiana en Mesoamérica, colección científica. INAH, México.

Mulleried, F. (1957). Geología de Chiapas. Gobierno del Estado, Chiapas, México.



Estudiantes de la ECAP en contacto directo con la naturaleza. La tierra como maestra. Fotografía: archivo IESDHS.



Actividades de educación ambiental comunitaria con niñas y jóvenes. Fotografía: archivo ECAP.

Bitácora de la semilla: la voz de la tierra en mi sangre y la promesa de la cosecha

Cleotilde Olivera Santiago

Deseo habitar la ternura como refugio y la curiosidad como camino; que sean ellas las que dicten el rumbo de mi existencia y mi siembra en el territorio.

Cleotilde Olivera Santiago

CLEOTILDE OLIVERA SANTIAGO

Educadora comunitaria.
Estudiante de la Maestría en
Educación y Comunicación
Ambiental Participativas (ECAP),
Generación 8. IESDHS Moxviquil.

Soy Cleo. Nací el 13 de febrero de 1989, en la comunidad de Estancia de Morelos, en Santiago Atitlán Mixe, Oaxaca, cuando faltaban apenas diez minutos para que terminara el día. Mi madre siempre cuenta que quiso llamarme Valentina, quizá influida por la cercanía con el 14 de febrero; se me hace irónico y gracioso.

Para mí, mi "yo ambiental" es la razón por la que estudio la maestría ECAP y del porqué siento que forma parte esencial de mi ser como mujer y actualmente como educadora comunitaria.

Este texto lo elaboro desde mi postura política de vida, con mis errores y aprendizajes a costas, con la mirada de quien ha conocido a muchas personas que han contribuido e incidido en su vida de formas tanto positivas como negativas, desde la mirada de una niña sobreviviente de violencia, que ha buscado salvarse, cuidarse y protegerse a través del amor al entorno natural y de la ternura hacia las infancias.

Mi intención es relatar los momentos y fragmentos que me han construido, agradecer a quienes formaron parte de mi manera de comprender la vida y que me enseñaron a relacionarme de forma más armoniosa. Sigo transitando ese camino para vivir en tranquilidad y equilibrio con mi cuerpo y con la naturaleza. No pretendo revictimizarme ni ensimismarme, pues en el origen de mi forma de ver las cosas existe un trasfondo de dolor, miedo y ego que durante un tiempo oculté y que me lastimaron profundamente. Pero también quiero darme la oportunidad de expresar cuánto amo lo que hago y por qué lo hago.

Declarar quién soy: un origen marcado por la tierra y la memoria

Gran parte de los hombres y mujeres de mi familia han sido maestros, maestras, agrónomos y agrónomas, sembradores y sembradoras de semillas y letras. Mi tío abuelo Víctor formó parte del INI (Instituto Nacional Indigenista), y varios de mis tíos comenzaron dando clases en Conafe hace más de 50 años. En casa de mi abuelo abundaban los libros y materiales educativos; era común ver a personas desconocidas —en su mayoría hombres— que vivían temporalmente en el pueblo para dar clases. En ese entonces había una verdadera carrera por la alfabetización en México, especialmente por llegar a los rincones más apartados del país.

También recuerdo ver pasar por la casa de mi abuelo —muy católico, por cierto— a "monjes" y diáconos extranjeros que iban a los pueblos a evangelizar y a dar clases a los hombres adultos que

quisieran aprender a leer y escribir. Mi abuelo tenía muy arraigada la idea de que la educación formal era fundamental para el crecimiento del pueblo. Por eso aceptaba dar alojamiento y comida a todas las personas que acudían a él para hacer "cosas buenas" en su territorio.

Mis recuerdos son vagos, pero sé que mis tíos tenían un gran deseo de transformar e incidir en las comunidades a las que acudían. Llegaban a ellas en burro o caminando durante días. Hasta hoy cuentan sus experiencias como algo revolucionario, y las añoran profundamente. El arraigo de mis tíos es admirable: aun jubilados, su vocación de servicio sigue viva. La comunidad es su centro y su identidad; un espacio donde honran a sus ancestros a través la música y la preservación de su lengua materna.

Mi abuelo paterno, Pancho, fue una de las personas que me transmitió el amor comunitario y gozo de una taza de café cosechada en familia. Durante toda mi niñez lo admiré; lo veía como alguien poderoso. Cuando regresaba de la agencia del pueblo, con su sombrero "panza de burro" (negro), sus guaraches mixes, su cuaderno, su lápiz y esa mirada imponente y a la vez tierna, siempre hablaba de los conflictos del pueblo y de cuánto deseaba aportar. Fue uno de los pocos adultos que aprendió a leer y escribir muy bien en español y en mixe, por ello llegó a ser agente municipal y representante del pueblo en la iglesia en varias ocasiones.

Amo profundamente a mi abuelo. A pesar de su machismo, intentó reivindicarse y reconocer a mi abuela, a sus hijas y a sus nietas como parte fundamental de la familia. Les heredó las tierras que todos y todas trabajaron, y realizó los trámites muchos años antes de morir para que estuvieran protegidas por la asamblea comunitaria. Siempre nos tenía presentes en sus oraciones; cuando pudo, nos ayudó económicamente en etapas difíciles. También nos mostró lo hermoso que era trabajar la tierra, pues siempre nos llevaba con él, aunque sabía que, por ser pequeños, solo íbamos a jugar. Sembró hasta sus últimos días. Murió enfermo, de una enfermedad que no lo dejaba partir; sufrió mucho... y a veces pienso que eso también fue parte del pago por la vida que llevó.

Él creía en la reencarnación y en los nahuales, y yo también lo creo. Sé que anda por ahí, siendo feliz entre los cafetales, la montaña y las nubes, mi abuelita Regina también lo siente.

Mis orígenes están tejidos de contrastes. Mi madre, María, viene de la costa: de ese territorio donde el mar respira con ritmo propio, donde la luz es más suave, el sol se ve esplendoroso y la sal se queda en la piel. Mi padre, Zeferino, en cambio, es serrano: hijo de la montaña, del frío que despierta el cuerpo, de los caminos empinados y de los silencios que hablan. De ambos nació yo, con la mezcla de dos geografías y territorios que me definen y a los que les guardo amor.

Mis abuelos paternos y mi abuela materna son una parte fundamental de mi formación. A través de ellos conocí las historias de sus territorios, los cultivos que trabajaban y que los alimentaban, su cosmovisión y el profundo significado del arraigo y la pertenencia. Siempre he pensado que gracias a ellos desarrollé la curiosidad y el amor por la naturaleza.

El internado: la infancia que me rompió y me reveló

Recuerdo haber tomado verdadera conciencia de mi entorno cuando mis padres me llevaron lejos del pueblo. Tenía seis años cuando me inscribieron en un internado, con mi hermana mayor y una de mis tías. Así que, desde ese momento, éramos tres en aquel lugar. Nunca hablo de lo que ocurría realmente dentro del internado, pero sí puedo compartir aquello que, a pesar de todo, me hacía sentir bien.

Mis padres nos dejaron ahí porque era una alternativa de educación económica, porque tenían otros dos hijos que atender —mis hermanos Eliezer y Yesenia— y porque mi mamá enfrentaba un problema grave en el hígado que requería operación. Muchas circunstancias se acumularon, mezcladas con

inmadurez e irresponsabilidad de su parte; no las justifico, pero ahora las entiendo desde otro lugar.

El internado me mostró mi vulnerabilidad y mi fragilidad, pero también me permitió descubrirme: conocer mis gustos, mis habilidades, mis pequeñas pasiones. Y muchas de las cosas que descubrí ahí siguen siendo parte de mi vida hoy. Recuerdo los jardines, los árboles enormes de jacaranda y de nuez, la cancha y las palapitas donde hacíamos la tarea o jugábamos. Uno de los momentos más felices eran los talleres: música, pintura y, sobre todo, bordado. Nuestra maestra de bordado era una mujer mayor —o así la veía yo entonces—, dulce y paciente, que siempre llevaba hilos de colores que yo disfrutaba mirar y jugar hasta en redarlos.

Mi hermana Olimpia estaba en un taller de danza folclórica. La veía tan feliz en cada presentación que, incluso sin entender del todo, sabía que esos bailes era parte de su alma. Hasta hoy sigue siendo una gran bailarina y, además, una maestra de primaria excepcional.

También recuerdo con cariño las dinámicas de trabajo colectivo. Había niños y niñas de muchas regiones del estado, era maravilloso, raro y sorprendente escuchar los distintos idiomas que hablaban. Los momentos de juego me fascinaban: muchos llevaban juguetes de sus pueblos, o sus familias les enviaban alguno; siempre había algo nuevo que observar, tocar o imaginar.

Terminé sexto de primaria en una escuela de la ciudad, porque ya vivíamos ahí. Mi madre siempre nos infundió un miedo profundo hacia la vida urbana: para ella, todo lo que ocurría en la ciudad era peligroso. Ese último año fue cuando descubrí que, aun siendo pequeña, tenía una fuerza que otros no. Me sentía libre.

Casi al final del ciclo escolar cambiaron de maestro. El que llegó, Daniel, era un joven normalista lleno de entusiasmo, con una postura política que yo no alcanzaba a comprender, pero que marcaba su manera de enseñar. Usaba papel revolución para los ejercicios y exámenes, llevaba su propia imprenta de serigrafía, hablaba mixteco, reciclaba objetos, ponía música en el salón, nos hacía movernos, inventaba juegos extraños y divertidos. Nos abrazaba y nos llamaba "hijas" o "hijos". Un día nos llevó a un parque grande de la ciudad; hicimos un campamento y nos contó historias que aún recuerdo con nitidez.

El maestro Daniel fue la primera persona realmente interesada en el tipo de educación que recibíamos. Le tengo un cariño inmenso, aunque nunca volví a saber de él. Influyó profundamente en mí. Le debo aprendizajes, acompañamiento y, sobre todo, haberme hecho sentir comprendida. Él hablaba conmigo, me motivaba, me hacía creer en mí. Gracias a él y a mi madre terminé la primaria.

Mujeres que construyen: el linaje que estoy sanando

Mi madre es una figura fundamental en mi vida, porque gracias a ella encontré la valentía para hablar y actuar. Ella siempre creyó en mí, no me dejó caer. Cuando tartamudeaba, cuando no entendía mis tareas en mi última etapa de primaria, se dedicó por completo a ayudarme hasta verme mejor. Sé que trató de ser una buena madre... y para mí lo es.

Ahora, a sus 65 años, es una mujer imparable: también siembra y tiene su propio huerto. Mi abuelita materna, Lenchita, y mi madre llevan en la sangre la construcción. Ellas dos nos enseñaron a construir, desde hacer un adobe hasta una pared, a no quedarnos quietas, a resolver, a actuar y a ser mujeres independientes. De mi abuela Lenchita aprendí a reciclar, a armar y desarmar, a crear e inventar, ella siempre utilizó muchas cosas a su favor. Ella fue curandera, conocía a fondo el poder de la naturaleza y los misterios de su tierra. Tenía una conexión mágica con el medio ambiente que proyectaba en todo lo que hacía: desde sus rezos y su fe, hasta la nobleza de su mirada y la profunda bondad de sus manos cuando sanaba sobando. Hablar de mi abuela materna es contar otra historia aparte.

Mi abuela paterna, Regina, mujer albina y originaria de Santa María Tlahuitoltepec Mixe, es una de esas presencias que se vuelven raíz. Fuerte por la vida misma, por la siembra de papa, por el cuidado de las vacas y por todo lo que la tierra exige y devuelve. Es una mujer a la que aún visito con frecuencia, y cada encuentro con ella me llena de una ternura profunda. La amo porque, incluso desde sus silencios, siempre dice más de lo que mil palabras podrían expresar.

Recuerdo que cada vez que subíamos a la montaña para pedir por buenas cosechas, ella hacía sus pedimentos con una mezcla de amor, fe y esperanza que solo las abuelas saben conjurar. Mientras el viento corría entre los árboles, sus manos blancas con pecas y su mirada hablaban con la misma intensidad con la que late la tierra, y nosotros a su lado, entendíamos que en esos gestos silenciosos se guardaba una forma de sabiduría que hasta ahora voy comprendiendo.

Mi familia es el origen de mi "yo". Soy el reflejo de mis vivencias: de lo que vieron mis ojos en el pueblo y en la ciudad, de las voces e imágenes que mi memoria guardó, de todos los lugares que he pisado, de las niñeces, los hombres y las mujeres que he conocido y que me han compartido sus saberes.

El movimiento constante: caminar otros territorios para encontrarme

Salir de mi territorio también me ha permitido explorar otros mundos. He vivido —por elección— en muchos estados del país, guiada por mis circunstancias emocionales y económicas, y he disfrutado cada etapa.

Mi primera gran aventura fue recorrer las comunidades de Michoacán, donde conocí a personas que me motivaron a seguir mi camino ambiental. En la Reserva de la Biosfera de la Mariposa Monarca, presencié la valentía de hombres y mujeres que defienden el bosque de la tala ilegal. Es un lugar mágico, un pulmón y fuente de agua vital para los estados vecinos. Allí comprendí lo que significa enfrentar un problema real y conocí a mujeres valientes que luchan por sacar adelante a sus familias sin dañar el territorio que las rodea.

Mi camino me llevó a los límites de Oaxaca y Veracruz, a Loma Bonita; un lugar donde el uso desmedido de agroquímicos es evidente en la degradación del paisaje y los monocultivos. Allí conocí a personas en resistencia, quienes se niegan a abandonar su territorio y apuestan por una producción agroecológica. En esas tierras dejé huellas que, algún día, volveré a seguir.

Un día, la vida me condujo a las orillas del Usumacinta, un rincón vibrante de paisajes memorables. Allí vi a niños y niñas cruzar el cauce en lancha desde Jonuta hasta Palizada; para ellos, el río no era una frontera, sino el camino cotidiano hacia la escuela. Viví aquel año con la emoción a flor de piel, entregada a mi labor como huertera y coordinadora ambiental. Fue en esa calma ribereña donde Daniel y yo coincidimos. Juntos, descubrimos el aroma de la selva desde el rancho que habitábamos a pie de agua. Él encendió en mí una curiosidad nueva; hasta el día de hoy, Daniel es un territorio que sigo descubriendo con fascinación. Seguimos coincidiendo en nuestra historia y en ese amor por el agua, la tierra húmeda, la selva... y, por supuesto, lo inevitable: los mosquitos.

Ahora estoy aquí, en Chiapas, con la emoción viva de hacer cosas por las niñeces: de sanar, de contribuir, de incidir, de amar con ternura. Estoy viva, y eso es importante. Mi familia respalda mis "locuras" y siempre ha estado ahí para apoyarme, y lo sé porque les hace feliz cuando les cuento y transmito la emoción de lo que veo y escucho.

He recorrido diversos caminos, disfrutando de cada territorio que he pisado y de las enseñanzas que me han dejado los actores ambientales que he conocido. A cada uno de ellos los admiro y guardo sus lecciones como un tesoro en mi memoria.

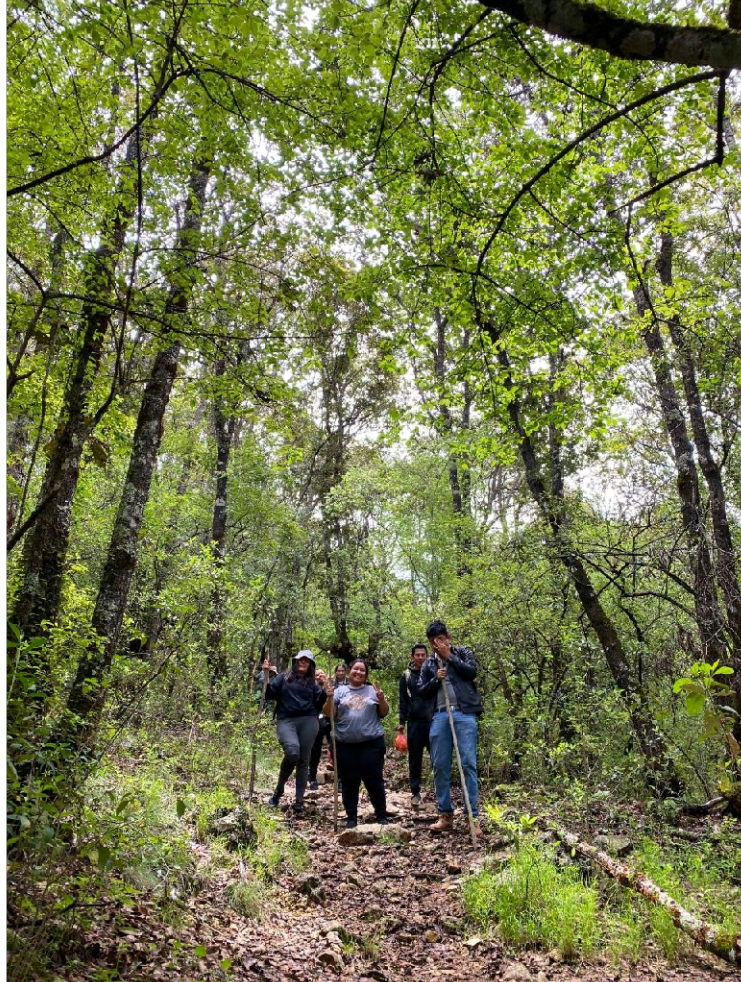
Como educadora y ahora como estudiante de la maestría, me entusiasma explorar los territorios y utilizar el arte como una herramienta de representación simbólica. A través de la creatividad, mis emociones y saberes se transforman en una visión del mundo compartida; esto me permite narrar mi experiencia en comunidad desde un lugar de absoluta autenticidad y belleza.

Este reencuentro con la tierra es, en esencia, la recuperación de una cosmovisión que entiende la vida como un todo integrado. Retomar esta relación vital es abrazar la conciencia de que formo parte de un ciclo mayor; como decía mi abuelo Pancho, mi existencia no es aislada, sino que depende de una profunda reciprocidad con el entorno. En esta visión, el territorio deja de ser un simple escenario de práctica pedagógica para convertirse en el organismo vivo y sagrado que nos sostiene, nos dota de identidad y otorga un sentido trascendente a nuestra comunidad.

No puedo estar más agradecida con el universo, con mis ancestros y ancestras, con las diosas de aquí y del más allá, por permitirme despertar cada día y acudir a cada uno de los pueblitos donde doy servicio como educadora comunitaria. Son emociones que me llenan de ánimo, que me recuerdan que las cosas pueden cambiar y que otra educación es posible.



Cleotilde Olivera Santiago junto a niñas y comunidad educativa. Fotografía: archivo personal.



Estudiantes de la ECAP en sendero forestal. Caminar el territorio como práctica pedagógica. Fotografía: archivo IESDHS.

Palabras de cierre: Maestría ECAP, Generación G8

Claudia Ramos Guillén

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.

Antonio Machado

CLAUDIA RAMOS GUILLÉN

Coordinadora y docente de la
Maestría en Educación y
Comunicación Ambiental
Participativas (ECAP). IESDHS
Moxviquil.

Hoy no venimos solo a cerrar un curso. Venimos a reconocer el camino que hicimos juntas y juntos, un camino que no estaba trazado de antemano y que se fue construyendo paso a paso, desde nuestras historias, nuestros territorios y nuestras vidas.

Como escribió Antonio Machado: "Caminante, no hay camino, se hace camino al andar." Y eso fue esta maestría para la Generación G8: un andar colectivo, profundamente político y profundamente humano.

Llegamos desde distintos territorios, comunidades y trayectorias. Trajimos nuestras prácticas, nuestras preguntas y también nuestras luchas. Aquí aprendimos que el conocimiento no es neutral, que siempre está situado, y que poner la vida al centro es una decisión ética y política.

Desde la ecología política, comprendimos que los conflictos ambientales son también conflictos sociales, históricos y territoriales. Desde los feminismos, aprendimos a mirar el cuidado, los cuerpos y las relaciones de poder como parte fundamental de la transformación. Desde la educación popular ambiental, reafirmamos que nadie educa a nadie en soledad, que aprendemos en diálogo, desde la experiencia y desde el territorio. Y desde el cuidado territorial, entendimos que defender la vida implica cuidar la tierra, el agua, las comunidades y los vínculos que las sostienen.

Esta maestría fue un espacio donde los saberes no compitieron: se encontraron. Se escucharon las voces del aula y las del territorio, las de la academia y las de las comunidades, las del pensamiento crítico y las de la experiencia vivida. Ese intercambio nos transformó.

Un camino hecho de personas

No fue un camino sencillo. Esta generación atravesó desafíos personales, colectivos y contextuales. Estudiamos mientras la vida seguía pasando, mientras los territorios enfrentaban tensiones, mientras los cuidados se multiplicaban y el cansancio también. Y aun así, seguimos caminando, sosteniéndose unas a otros.

"Al andar se hace el camino, y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar."

Hoy, al mirar atrás, vemos una senda hecha de aprendizajes, desacuerdos fértiles, preguntas abiertas y comunidad. Nada de esto se repetirá igual, y justamente por eso es valioso.

Queremos agradecer profundamente a quienes sostienen esta maestría: a las y los docentes, por compartir saberes, pero también convicciones, escucha y cuidado; al equipo académico y

administrativo, por hacer posible un proyecto que entiende que educar es también acompañar; y a la Universidad Moxviquil, por apostar por una formación crítica, situada y comprometida con la vida. Vida en comunidad.

Y gracias, de manera especial, a las familias, amistades y comunidades. Gracias por sostener silencios, por comprender ausencias, por acompañar procesos y por recordar, incluso en los momentos más difíciles, que este camino tiene sentido.

Con la Generación G8, nos llevamos más que aprendizajes académicos. Nos llevamos una forma de mirar y de actuar en el mundo, una responsabilidad colectiva y la certeza de que el camino se sigue haciendo con otros y otras.

"Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar."

Que las estelas que dejemos sean de cuidado, de justicia, de compromiso territorial y de vida puesta al centro, allí donde sigamos andando.

Gracias por este camino compartido.



Ceremonia de cierre de la Generación G8. Universidad Moxviquil. Fotografía: archivo G8 ECAP.



La Generación G8 en su ceremonia de clausura. Fotografía: archivo G8 ECAP.



Ofrenda floral en la ceremonia de cierre ECAP G8. Fotografía: archivo G8 ECAP.

Revista J'et Be'

es una publicación digital periódica del
Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil A.C.
San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 2026

www.iesdhs.edu.mx | www.moxviquil.org